El perro de S. Bernardo. — Entre el gran San Bernardo va una estrecha garganta de los Alpes (de Suiza) hacia Italia. Por el Oriente sobre el encinto, alto valle de roca y de las cercadas montañas, a las que tiene nieve cubierta, hay una morada humana desde muy antiguo, el Convento de S. Bernardo. Allí habitan 10 ó 12 piadosos monjes, cuya única ocupación es albergar gratuitamente a los pasajeros y darles toda clase de ayuda. En los 8 ó 9 meses del año en que la nieve, bruma, borrasca y aludes hacen la montaña muy inhabitable están estos santos hombres diariamente allí para ir caminar a los descaminados y salvar a los despeñados. Ya muchos a quienes aprovechaban para la salvación de los necesitados, perros grandes y de raza, del efecto, estos van allá ó solos ó conducidos por los monjes. Cuando el perro olfatea a un desconocido inferior marcha con rapidez como flecha parece á sus señores, da ladridos, mueve su cola, salta inquieto, hace la atención como pidiendo llamar la atención dando á entender el descubrimiento hecho. Después da vueltas que marcando atrás, para ver si se le sigue y conduce á su fin al paraje donde el desmazado se halla. A menudo se le cuelga á estos perros una botellita para con aguardiente, otra de leche, fuerte cestito con pan al cuello para dar á otro ó á un caminante. Un perro así era Barry. Mas largo tiempo muy amable, activo y leal en el servicio de la humanidad y el solo salvó la vida de más de 40 hombres. Se dice que el perro estaba muy fuerte y no quiso abandonar su puesto. Cuando el cielo se cubre por la niebla, se extiende la nieve, es peligroso se ventisquero se desprende se borran por toda parte, el no podía ir al convento. Ahora se va á ver y volver, por aquí, y no cansado, que y que volviendo á peligro lanzar para ver si el puede ayudar á un desgraciado o perdido, que se hunde, sacar alguno que se ha hundido y si no puede ayudar se dirige en rapido saltos al convento, que ya no puede ayudar, que ó el en quorme salto hacia el convento. Cuando ya tiene débil y viejo le llevó el honrado perro de Berna donde murió y está colocado en el museo.

Federico Oberlin. Una aldeana llevó á vender á Estrasburgo huevos en una cesta. Dos muchachos traviesos, empujaron á la cesta, la machacaron y se perdió de ello. El pequeño Oberlin, mas tarde cura de Steintal, vió la ocurrencia. Sin demora no retrasado corrió á casa, tomó un buen vaso lleno repleta alcancía, volvió á escapar y vació todo su dinero en el delantal de la aldeana. Después de volvió á marchar de allí muy rapidamente y la aldeana no pudo ni darle las gracias.

a ver para Berlin junto á la casa de una baratillera (que trapicia en cosas viejas), una pobre mujer compraba allí una vieja vestidura; le faltaban á ella todavía dos monedas para cumplir el precio. Ella se vió precisada á dejar la compra del vestido que necesitaba y salió triste por ello. F. Berlin notó el negocio; él esperó con la vista á que se marchase la infeliz; á seguida se acercó rápidamte. al tendero, puso á la misma dos monedas en la mano y le dijo por bajo: llamad ahora á la pobre mujer y dejadle el vestido; pero él se marchó de allí muy de prisa.

El hijo del negro — Un negro que vivía en las posesiones danesas de la costa de Africa había incurrido por desgracia en una grave deuda y no veía, como quiera que fuese perseguido por sus acreedores ningun medio de pagar. (a ellos) "No tengo otro medio — decía el desdichado — que mi persona. Si tu quieres vendela si te aceptan". El inhumano se acercó, la agarró y le vendió. Por tanto fué él atado (con grillos) con otros muchos esclavos á una cadena comun (como es costumbre), conducido á la mar á la playa. Allí permaneció él hasta que el barco que debía conducirlos esclavos á las indias occidentales hubo recibido toda su carga. Pero antes de la partida llegó un joven negro acompañado de muchos de sus parientes á la playa y declaró que por su voluntad entraba por uno de los negros que estaba en la reunion. El facultativo danés que fué llamado y le había examinado declaró que el cambio no era perjudicial p. el comerciante de esclavos. Que esperaba cuando el hijo vió á su padre en la cadena se arrojó á su cuello y derramó lágrimas de alegría, que tan feliz era por haber podido redimir á su padre. La cadena fue abierta, el padre libre, el hijo preso. Este estaba lleno de cansancio y rogó al padre insistiendo con importunidad por amor suyo que no se afligiera no afligiera en lo más mínimo. Pero bondadosamte. enternecido el medio danés el notable suceso al gobernador. Este llevado de neto amor al hombre no dejó llevar ante sí al padre y demas parientes, habló con ellos y les dijo que el precio de compra podía ser pagado poco á poco. Dejó libre al excelente hijo y todos llenos de contento volvieron á su casa.

DIPUTACION DE GRANADA
• BIBLIOTECA •